

LOS AMANTES DE TERUEL.

ESCENA TRAGICO-LIRICA.

POR DON LUCIANO FRANCISCO COMELLA.

PERSONAS.

Doña Isabel..... Señora María del Rosario.
Doña Elena..... Señora Francisca Laborda.
Don Diego..... Señor Joseph Huerta.

ACTORES.

La Escena es un salon de la casa de Doña Isabel en Teruel.

Salon ricamente adornado que sirve de entrada á otros salones de la casa; por cuyas puertas se verán arañas encendidas y otros adornos ricos; todo destinado á la boda de Doña Isabel y Don Juan: Al correrse la cortina sale un numeroso sequito de Damas y Caballeros que figuran ser los convidados á la boda: Salen á recibirlos Doña Isabel, Doña Elena y Don Juan, quien les manifiesta la Novia, y todos dan muestras de cumplimentarla: Doña Isabel suspira de rato en rato, y Doña Elena la tira de la ropa para que disimule. Finalmente, Don Juan conduce á los convidados adentro; Doña Isabel se queda atras; Doña Elena la dá á entender que porque no vá, y cogiéndola de la mano la lleva al primer termino del Teatro: va hablar y no puede, y se dexa caer con el mayor abatimiento sobre un asiento. Todo esto habrá sido expresado por la música.

Elen. **Q**ué tienes que decirme? habla prima.

La voz te falta? pierdes el aliento? Dime la causa de tus graves males. Qué me quieres decir con los acentos que profiere el dolor, y el dolor trunca?

tú parados los ojos, qué es aquesto? te veo moribunda, hierta, fria, y perdido del rostro el color bello; te acuerdas de Don Diego?

Isab. Calla, calla, no aumentes con nombrarle mi despecho, mi rabia, mi furor.

Dos compases de música muy fuertes: anda un breve instante despe-

chada, y coje de la mano á Doña Elena, y dice con languidez: la música acompañará con un andante triste.

Ya me he casado; de un padre y de un amor ya he satisfecho

los bárbaros designios; ya la fuerza, la venganza y los zelos consiguieron hacerme ser perjura, ser ingrata, ser traidora, é infiel; pero no es tiempo este de recordar de un hombre ingrato, y de un padre tirano juramentos y amenazas; tan solo es tiempo, prima,

de mirar por mi honor, y mi sosiego; de sofocar ideas y pasiones

que

que ultrajen los respetos de himeneo,
que falten al decoro: con cuidado
examina si alguno puede vernos,
si puedo sin ser vista de mi esposo
arrancar de mi alma un cruel secreto:
no te detengas, anda.

Elen. Ya te sirvo.

Tres compases de andante triste; interin los quales Doña Elena anda registrando por el foro, y Doña Isabel saca unos papeles y un retrato del pecho.

Reliquias amorosas de mi dueño,
de mi perdido bien; pero un ingrato
no merece aunque muerto estos recuerdos;
su falsedad, las leyes del decoro
me mandan desprender de estos fúne-
nestos
moviles del dolor que me acongoja.

Elen. Segura estás.

Isab. Pues toma arrojá al fuego
lo que el fuego dictó; extingue al
punto
papeles y retrato de Don Diego.
No los vea jamás.

Elen. Tú te enagenas,
tú vuelves á temblar?

Isab. Dame al momento
otra vez las reliquias de mi amante.
No me las des, Elena.

Elen. No te entiendo.

Isab. Ni yo tampoco á mi, duro con-
traste!

Aparta de mi vista esos recuerdos.

Despues de una pausa.

Ya sabes que ante Dios, y ante los
hombres (plo
juró ser mi marido; y que en el tem-
legitimado hubiera nuestro enlace
el sacro rito, á no ser que sus medios
retradaron hacerlo, y que mi padre
no quiso se efectuára el casamiento

hasta que á la fortuna mereciese
algun honroso puesto, y para ello
le concedió de termino tres años; (po
pero en estos murió y en mucho tiem-
se olvidó de mi amor y mi promesa
faltando á su palabra y juramento.
Mas facilmente imaginado hubiera
que se uniese el Leon con el Cordero;
que borrascas el Zéfiro abortara,
que contra su corriente fuese el Ebro;
que produxese rosas olorosas
el lugubre Cipres; que los Luceros
por Occidente el giro principiaran;
que anduviese segura por los Pueblos
engañosos la simple Pastorcilla,
que mudára su amor mi ingrato due-
ño,

que diese aquel cruel á otra la mano.
Á qué vienen las quejas contra un
muerto?

Á qué viene el penar, á qué las ansias,
á qué el dolor? bien hecho está lo
hecho.

Su ingratitud, su olvido me ha ad-
quirido

el honor de himeneo, su desprecio.
Estos discursos, Prima, me parece
que la perdida paz vuelven al pecho,
y al amor de mi esposo me conducen
á pesar del amor sin sentimiento.

Ya me es grato su enlace ya le amo,
ya compensar deseo sus afectos,
ya deseo mirarme entre sus brazos,
Ya la paz recobré:-

Un golpe de orquesta muy estrepitoso.

Pero que veo!

Qué horror! qué confusion!

Elen. Qué te intimida?

Isab. Donde descansan del cadáver
hierto

las pálidas cenizas de mi esposo,
se levanta una sombra, cuyo aspecto,
cuya figura en todo es parecida
á la suya: ácia mí con pasos lentos
y en tono amenazante se dirige;

mí-

mírala , mírala.

Elen. Dexa del miedo
mentidas ilusiones.

Isab. No me engaño,
aquí está, no la ves? mira su aspecto
todo desencajado:— Ay que me acusan

de fementida sus dolientes ecos,
de perjura, de infiel:— con razon culpas

de mi loca pasion los viles zelos;
pero por qué en castigo no me llevas
al triste domicilio de los muertos?

Llévame al negro reyno del espanto
y en sus oscuros pavorosos centros
sepultame; las furias infernales
que habitan su mansion convoca fiero:

el tósigo, la rabia que alimentan
en sus toscas entrañas, dispon luego
que empleen contra mí, que me envenenen,

que me emponzoñen para que el despecho,

la rabia, el odio acabe con la vida
de un corazon infiel, falso y perverso.

Despues de haberse entregado al mayor despecho, cae desfallecida en brazos de Doña Elena, quien la comprende, vuelve en sí, y en tono lánguido prosigue: La música en un corto alegre, y en un piano armonioso de clarinetes y fagotes, expresará todos estos afectos.

Con Don Juan dime, Elena, por tu vida

estoy casada ya? se hizo en el templo
la sacra ceremonia?

Elen. Tú deliras.

Isab. Tienes razon, Elena, lo confieso,
que si no fuera así, cómo era dable
que me explicára así? Quise á Don
Diego,

fue la luz de mis ojos; su inconstancia

la sentido mi amor, y aunque los
cielos

me vengaron en parte con su muerte,
no por eso mi amor se ha satisfecho,
me ha guardado muy mal la fé jurada:
tú sabes que uno á otro juramento
nos hicimos, de unir con casto nudo.
Cumplió lo que ofreció?

Elen. Pues por lo mesmo
tú no debes sentir el nuevo enlace:
él faltó que no tú.

Isab. Siempre tuvieron
por contagio los hombres la inconstancia.

Con que la antorcha ha ardido de
himeneo
en mis bodas?

Elen. No hay duda.

Isab. Pues Elena,
faltaria á mi honor y á los respetos
del sacrosanto enlace, si al instante
no extinguiese del pecho todo afecto,
toda pasion ó llama que tuviese
otro objeto distinto que mi dueño.

Elen. Gracias á Dios que veo en tu
semblante

indicios, aunque leves, de consuelo;
para qué por un hombre tan perjuro
quieres eternamente al sentimiento
dar tributos amargos? considera
las ventajas que adquieres con el nuevo
enlace; los disgustos que has tenido
con tu padre, los llantos, los encierros,

las amenazas:— viendo tu entereza
víctima te juzgué de su despecho
mas de una vez: en fin te resignastes,
y con ello cobrastes el sosiego.

Isab. Sí prima, le cobré.

Elen. Y con un suspiro
que el corazon exála, los acentos
interrumpes?

Isab. Qué quieres, matrimonio
que hizo el poder, la fuerza ú el dinero,
rara vez precursor fue de la dicha
de los dos contrayentes.

Elen. Aunque es cierto

4
que en el tuyo han mediado esos motivos,

para qué es la razón? para vencernos.

Isab. Ya lo procuro, Elena.

Elen. Pero vuelves

la pena á fomentar con los recuerdos que trae á la memoria tu delirio.

Isab. Pero si yo no puedo de mi pecho arrancar el dolor, qué quieres que haga?

Elen. Con el placer, el mal halla remedio.

Isab. No procuro:::

Dent. voz. Isabel?

Isab. Quién me ha llamado?

Elen. Tu esposo.

Isab. Pues á Dios: si mi sosiego tu amistad apetece, los papeles y el retrato fatal entrega al fuego. *va.*

Interin Doña Elena registra los papeles, y el retrato, toca la orquesta un periodo análogo á la situación.

Elen. Los papeles testigos de mi agravio sufrirán de las llamas el incendio;

pero no este retrato, que aunque ingrato,

á mi amor se mostró siempre su dueño, le quise con extremo, y en el alma aun existen reliquias de mi afecto, no obstante que murió. Si ahora viese

á mi amor, fuera el suyo mas proponso,

viendo á Isabel casada. Ay bien mio! que aunque mi amor pagabas con desprecios,

siempre fuistes mi amor, siempre te quise.

Y así el día fatal que el rigor fiero de la muerte cortó á tu vida el hilo, sintió mi corazón tu fin funesto:

de un horror se vistió, de un negro luto::-

no habia de vestir luto mi pecho

quando el Orbe sintió tu desventura? y así al mirar sin luz de día al cielo, las aves mudas, sin flores el campo, el Pastor sin baylar, el río sesgo, amarillo el laurel, suspenso el ayre, y á mis voces sin dar respuesta el eco, dixé absorta, ó el Orbe está parado, para acabarse, ó Don Diego ha muerto.

Mas de este sentimiento, de este luto fue digna su virtud, y pues no puedo á su memoria dar otros tributos que el del dolor, el llanto y el lamento,

para que este tributo no se acabe su imagen custodiar quiero en mi pecho.

Se queda á un lado, vuelta la espalda á la derecha, y con los extremos propios del dolor guarda el retrato. Sale Don Diego de camino muy regocijado, y al ver las luces del festejo se sorprende, y dice:

Dieg. Estas luces::-

Corre despavorido á mirar en el reloj de sobre mesa qué hora es, y al verlo dice:

las diez.

Se recuesta encima de la mesa: despues de recobrado busca á quien preguntar, y encontrando con Doña Elena, la da en el brazo, vuelve esta de pronto, y se confunde, y despues de dudar si es Don Diego el que ha visto, se pone á temblar, y se queda inmóvil: todo esto debe ser expresado con la música, á excepción de que pára de pronto las dos veces que habla Don Diego.

Todo me indica,
que tarde llegué ya: por Dios te rue-

meo
 que dexes el temor.
Elen. Si del sentido
 será esta ilusion? No, que es Don
 Diego.
 El es, él es.
Dieg. Qué dudas? y tu prima
 Isabel dónde está?
Elen. Luego no has muerto?
Dieg. Muerto yo?
Elen. Luego falsa la noticia
 ha sido?
Dieg. Quién lo duda. Mas qué es esto?
 adornado el salon, aquellas luces:--
 ese tropel de gente que anda aden-
 tro:--
 qué se celebra aquí?
Elen. Tu desventura.
Dieg. Se casó ya Isabel? Dí?
Elen. Sí, Don Diego.

*Se queda inmovil cayendosele lo que
 tiene en la mano, expresando su sen-
 timiento un corto andante con sor-
 dinas.*

Dieg. Y con quién?
Elen. Con Don Juan.
Dieg. No, no es posible,
 no puede ser Elena, no lo creo:
 Isabel ser de otro? se ha olvidado
 que un casto nudo unir debe su afecto
 con mi afecto? que yo debo ser suyo?
 primero creeré que de luceros
 se han poblado los montes, que las
 fuentes
 en vez de cristal puro manan fuego;
 que producen la nieve los volcanes;
 que la reproduccion del universo
 naturaleza olvide; en fin, que todo,
 todo se mude, menos el afecto
 de Isabel, menos de su pecho amante
 la fineza, el amor; y así al momento
 voy á darla noticia de mi arribo,
 voy á echarme á sus pies rendido y
 tierno.

Elen. Es hacesla infeliz con su marido,

y si la quieres bien, yo te aconsejo
 que huyas de este lugar.
Dieg. Pero es posible
 que haya su corazon subscripto á
 un hecho
 tan vergonzoso y torpe? si ha faltado
 en Isabel la fe, los juramentos,
 las ofertas diré que son quimeras,
 de los hombres, diré que son pretext-
 tos.
Elen. Reportate Don Diego, y por lo
 mismo
 que te debe Isabel tan buen concepto
 por su concepto mira.
Dieg. Pero cómo
 cupo en su corazon tan baxo intento?
Elen. No es culpada Isabel en tu des-
 gracia;
 aquí corrió que tú te habias muerto,
 que otro amor ocupaba tu terneza;
 fuera de esto, tu olvido en los cor-
 reos:--
Dieg. De lo mismo tambien puedo
 quejarme:
 qué trato tan iniquo! no me dieron
 de término tres años por si acaso
 mejoraba de suerte? quando el tiempo
 pactado se cumplió? dos horas hace.
Elen. Y si antes de este tiempo su hi-
 meneo
 no se ha verificado, á quién lo debes?
 á la misma Isabel; pues al momento
 que corrió la noticia de tu muerte
 volvió á insistir Don Juan en sus in-
 tentos,
 y su padre del oro alucinado
 se mostró protector de sus deseos,
 y en vencer de Isabel la resistencia,
 ni autoridad dexó, ni alhago tierno
 que no emplease: en fin, las amena-
 zas,
 los castigos, los ruegos de su pecho
 arrancaron el sí, y dos horas hace
 su enlace confirmaron en el templo.
Dieg. La palabra la mano que me ha
 dado
 su padre, el acceder tambien á ello:
 con

Con que ya no hay remedio?

Elen. No le hallo:

La muerte solo puede disolverlo.

Dieg. Una vez que la fuerza y el engaño,

en lugar del amor y mutuo afecto,
ha formado su enlace, presididos
no verán sus amores del contento,
ni del casto himeneo propagados
en su lecho verán el dulce efecto.
La discordia voraz, la muerte hor-

rrible,
el pálido rencor, el odio fiero,
sembrarán sin cesar en vuestras al-

mas
disturbios, disensiones, rabia y celos.
No encenderán las cándidas an-

torcías
los Génius tutelares de himeneo
ante las aras, no: solo las furias,
las sacrílegas teas con despecho
encenderán: ni sembrarán las gracias
tampoco al rededor de vuestro lecho
aromáticas yervas, ni olorosas (ño,
flores: serpientes sembrarán con ce-
vívoras venenosas que os acaben,
que os destrozén y os llenen de
tormentos,

á fin de que acabeis como yo acabo,

á fin de que murais como yo muero.

Alegro fuerte en que Don Diego anda despedido, pero siempre contenido de Doña Elena.

Elen. El dolor te enagena de tí mismo:
un casto nudo ha unido sus afectos:
garante del amor de los esposos
quando la aprueba el rito se hace
el Cielo,

y pues Doña Isabel la frente humilla
al sagrado deber, haz tú lo mismo:
sofoca tu pasión, su amor olvida,
ó los arbitrios busca para ello:

Doña Isabel, atenta al nuevo estado,
me entregó poco hace estos recuer-

dos,

estas cartas que ves, y este retrato.

Dieg. Para que te las dió?

Elen. Para que el fuego
extinga de una vez tu cruel memoria.

Dieg. El dia que quedaron los concier-

tos
del enlace ajustado por mi parte
con ella aseguraron mis afectos
pero vengan acá, que por mi ma-

no
quiero entregar al ayre sus concep-

tos:

ahora dame el retrato.

Elen. No es posible:

para memoria tuya le conservo.

Dieg. Para memoria mia?

Elen. Que te amo:

Música dulce que sigue hasta que se va Doña Elena.

que consagro á tu fé todo mi afecto,
es inutil decirlo, quando sabes
que igual á mi pasión, fue tu des-

precio:

y pues no puede ser tuya mi prima:--

Dieg. Entiendo Doña Elena tus in-

tentos:

á donde está Isabel?

Elen. Que es lo que tratas?

Dieg. Matarla á celos, pues de ze-

los muero.

Elen. No entres, que su marido:--

Dieg. Ve á llamarla.

Elen. Puedo esperar:--

Dieg. Yo se lo que hacer debo.

Qué torpe proceder! qué indigno
trato!

edad de la inocencia! feliz tiempo!

que el fraude y el engaño se igno-

raba;

que el amor en los pechos era eterno;

que ningun interes movia al hombre;

que el metal no tenia ningun precio:

al mirar la perfidia, al ver el fraude
que Reyna en nuestra edad, con el
recuerdo

sigo la sencillez de aquellos siglos.
Pero tendrá la ingrata atrevimiento
de presentarse á mí sin confundirse?
tendrá valor, que quando un falso
pecho
comete alguna accion que le degrada,
á la reconvention opone ciego
una jactancia loca, un vano orgullo,
con que al exceso añade nuevo ex-
ceso.

Pero alguien viene aquí: si es la
alevosa,
será de mi furor blanco funesto.

Isab. Quien me busca? *en la puerta.*
Dieg. Ella viene.

dando dos pasos fuera.

Isab. Quien me busca?
Dieg. Pronto su rostro desarmó mi
ceño;
inmóvil:: sin accion:::-

andando un poco.

Isab. Enmudecisteis?
A quien buscáis señor? ay que es
Don Diego!

*Música lígubre que exprese la si-
tuación de los dos amantes: Doña
Isabél se habrá sentado como fuera
de sí; Don Diego se va recobrando
poco á poco; corre agitado á ella,
va á tomarle una mano y ella la
retira, y sin cesar la música
dice.*

Isab. Tengo marido ya.
*A esto Don Diego da dos pasos atrás
y la dice con el mayor despecho.*

Diego, Yo tengo esposa.
*Para de repente la música, se le-
vanta ella despechada y le dice.*

Isab. A la vida volviste con intento
de darme muerte? Si mi muerte
aplaca
las iras de tu amor, pasame el pecho,
hiere mi corazon; mas tan agudo
como mi pena el filo de tu acero,
no será para herirme? cómo vienes?
Si D. Juan te vé aeaso yo me pierdo.
Ya me casé... mi padre... las noticias
que en Teruél de tu muerte se espar-

cieron: :-
mi despecho.. la fuerza.. la amenaza:-
Pero á quién satisfago? Aleva, fiero,
luego de tu mudanza, las noticias
quando tienes esposa ciertas fueron:
luego no me engañaron? luego fuiste
el que faltó primero al juramento?
juraste ser mi esposo lo has cumplido?
bien sabes que mi padre dió su asenso.
Hice en casarme, lo que hacer debía,
atendiendo á que tú me diste exem-
plo.

Dieg. Yo no vengo á pedir satisfaccio-
nes.

Isab. Yo lo creo muy bien.

Dieg. Tan solo vengo
á darte el parabien del nuevo enlace,
y despues á decirte como pienso
tomar estado.

Isab. Qué no le tomastes?

Dieg. No haberlo excutado solo siento.

Isab. Con quién te casas pues?

Dieg. Con Doña Elena.

Isab. O quán tarde conozco que de
acuerdo
caminabais los dos! Para evadirte
de ser mio tomastes un pretesto
tan indigno; tomastes el arvitrio
de exáltar mi furor con el despecho
de los zelos; aleva, de antemano
teniais concertado el casamiento.

Dieg. Dexa vanas disculpas.

Isab. Tu me matas.

Dieg. Vé á gozar del amor del nuevo
dueño.

Isab. Ay Don Diego! Don Diego!

Dieg. Qué me quieres?

Isab.

Isab. Que sepas que á Don Juan adoro
y quiero

que es mi marido ya, mas vete, vete
que mi honor y tu vida corren riesgo.

Dieg. A buen tiempo procaves los peli-
gros;

Pero á Dios, que si dexo del afecto
arrebatarne, puede que mi enojo :-

Isab. Modera tu furor, templa tus zelos.

Dieg. Estoy ciego, y no es dable...

Isab. Por Dios mira....

Dieg. Nada ya que mirar, ingrata, tengo.

Isab. Mira que mi marido :-

Dieg. Nada miro.

Isab. Advierte que el decoro :-

Dieg. Nada advierto;

y pues fuistes :-

en la puerta.

Elen. Señor, en estos casos

mas logra la prudencia que el esfuer-
zo.

Yo me encargo de hablarle.

Isab. Qué resuelves?

Dieg. Morir.

Sale Elen. Señor Don Diego,

las quejas y el dolor, quando los
males

no tienen en lo humano ya remedio,
solo sirven de dar fuerza á los males;

mi prima se casó, tu tienes dueño,
Su marido ha escuchado vuestras

quejas;

quien te idolatra à tí muere de zelos:

en esta inteligencia es necesario

que á la razon se venza el sentimiento.

El amor, y el honor son delicados,

y en vengarse crueles siempre fueron.

*Don Diego mira á Doña Isabél con el
mayor sentimiento, y haciendo un gran
extrema de dolor se vá precipitado.*

*Das compases de música despechada,
en que Doña Isabél quiere seguirle,
y Doña Elena la detiene.*

Isab. Sin hablarme se fué; dexame, fiera.

Con que tú competas mis afectos?

el que debía ser mi amante esposo
querias usurparme: su desprecio,
su nuevo amor, su muerte, fueron
trazas

de que tú te valistes: lo comprendo:
con qué ardid, con qué cautela
supistes conducir tus fingimientos?

Elen. El dolor te enagena de tí misma,
y por eso perdono tus denuestos.

Es verdad que á D. Diego yo he que-
rido,

pero no te podrá decir D. Diego
que yo cómplice he sido :-

Isab. No me mates,

no me mates, Elena, vete luego,

huye de mí, no sea que mi rabia

cebe en tu vida su voráz efecto.

Elen. Pero prima :-

Isab. No quieras Doña Elena

provocar el furor que arde en mi pe-
cho.

Elen. A lástima me mueven sus que-
brantos. *vase.*

Isab. Ea, pues, Isabél ya llegó el tiem-
po

de morir ó vivir. Pero alguien viene;
D. Diego vuelve, ay Dios! á qué mal
tiempo!

Qué traes? No me inquietes.

Sale Dieg. Toma y lee,

estos son de tu esposo los excesos.

De un amigo, al bajar por la escalera

acaban de entregarme aqueste pliego.

Isab. „Envidioso D. Juan de tus amores

„fingió tu muerte y dixo que á otro

„dueño

„dedicabas tu amor, interceptando

„vuestra correspondencia en el cor-
reo.

Un engaño frustró nuestros amores,

un engaño robó nuestros afectos.

Dieg. Isabel? Isabel? yo te he perdido
para siempre...

Isab. Don Diego?

Dieg. Yo fallezco.

Isab. Don Diego? mi bien? ay que ha
espirado!

y yo espiro tambien, sagrados cielos!

Don Diego se desmaya, y Doña Isabel se queda estática con el papel en la mano: Sale Don Juan, y se lo quiere quitar, y viendo la resistencia que hace ella, se pone á escribir en el bufete; ella mira á Don Diego, y cae desfallecida; Don Juan acaba de escribir el papel, se lo dá, y se vá, habiéndolo expresado la música.

Isab. Un papel me ha dexado, mas ya vuelve

Don Diego:- qué he mirado! qué es aquesto!

lee de este papel el contenido.

Dieg. De quién es?

Isab. De mi Esposo.

Dieg. Azar funesto!

Isab. Lee.

Dieg. «Prevente, pues mi honor ofendes, á morir á los filos de mi azero.

Isab. Te confunde el papel? Qué me respondes?

Dieg. Que es razon:- (el dolor me ahoga el pecho)

que cumplas:- con la fé:- de tu marido:-

que olvides de mi amor:- hablar no puedo:-

Isab. Qué tienes? qué te da? tú acongojado?

Dieg. Isabel:- Isabel:-

Isab. Todo cubierto

de un sudor frio... Esposo..

Dieg. Esposa mia?...

recibe, ay dulce bien! mi último aliento...

Se queda Doña Isabel contemplando un breve instante á Don Diego, y la música sigue expresando siempre la languidez de Doña Isabel hasta que muere.

Isab. El dolor de mirar mi honor manchado

le ha quitado la vida. No contemplo

cómo pudo mi esposo alucinarse

para quitarme honor y vida á un tiempo.

Yo he faltado á su fé, y á mi decoro?

Me ha visto cariñosa con D. Diego?

Si su engaño ha sentido, no es extraño,

ese infeliz debia ser mi dueño:

si mi marido cumple esta amenaza,

qué han de decir de mí? qué dirá

el pueblo?

Yo que por mi candor, y mi modestia

merecí ser la gloria de mi sexó,

he de morir á manos de un esposo,

víctima del honor, y de los celos?

á tanto mal el alma se resiente,

se pasma el corazon, se turba el pecho:

las congojas me ahogan, poco á poco

me abandona el sentido y el aliento:

víctima del amor muerdo de pena

fantasmas ilusiones solo veo:

un noble corazon no necesita

para morir, morir con el acero,

que el honor tambien mata. Dónde me hallo!

Dónde estoy! Ay de mí; pero qué es esto?

Quién de matarme acaba? Cielos santos,

ya de una vez cesaron mis tormentos.

Muere.

Corre Doña Elena, se sorprende al ver el espectáculo, registra los papeles, y vá á llamar á Don Juan, le saca, y le hace ver aquella trágica escena.

Ele-

Elen. Válgame Dios! qué miro! de un
 arrojó
 ya habeis visto Don Juan el triste
 efecto.
 Con astucias lograsteis á Isabela,
 y ni vos la lograsteis, ni Don Diego:

su muerte habeis causado ,.su des-
 gracia;
 llorad eternamente, si es que el cielo
 quereis desenojar; y á los amantes
 sirva esta infausta escena de escar-
 miento.

*Se hallará en la Librería de la Viuda é Hijo de Quiroga, calle
 de las Carretas, con un gran surtido de Comedias, Saynetes, &c.*